FAMILIA CRISTIANA
¡Educa en la Fe!

Colección **Familia**

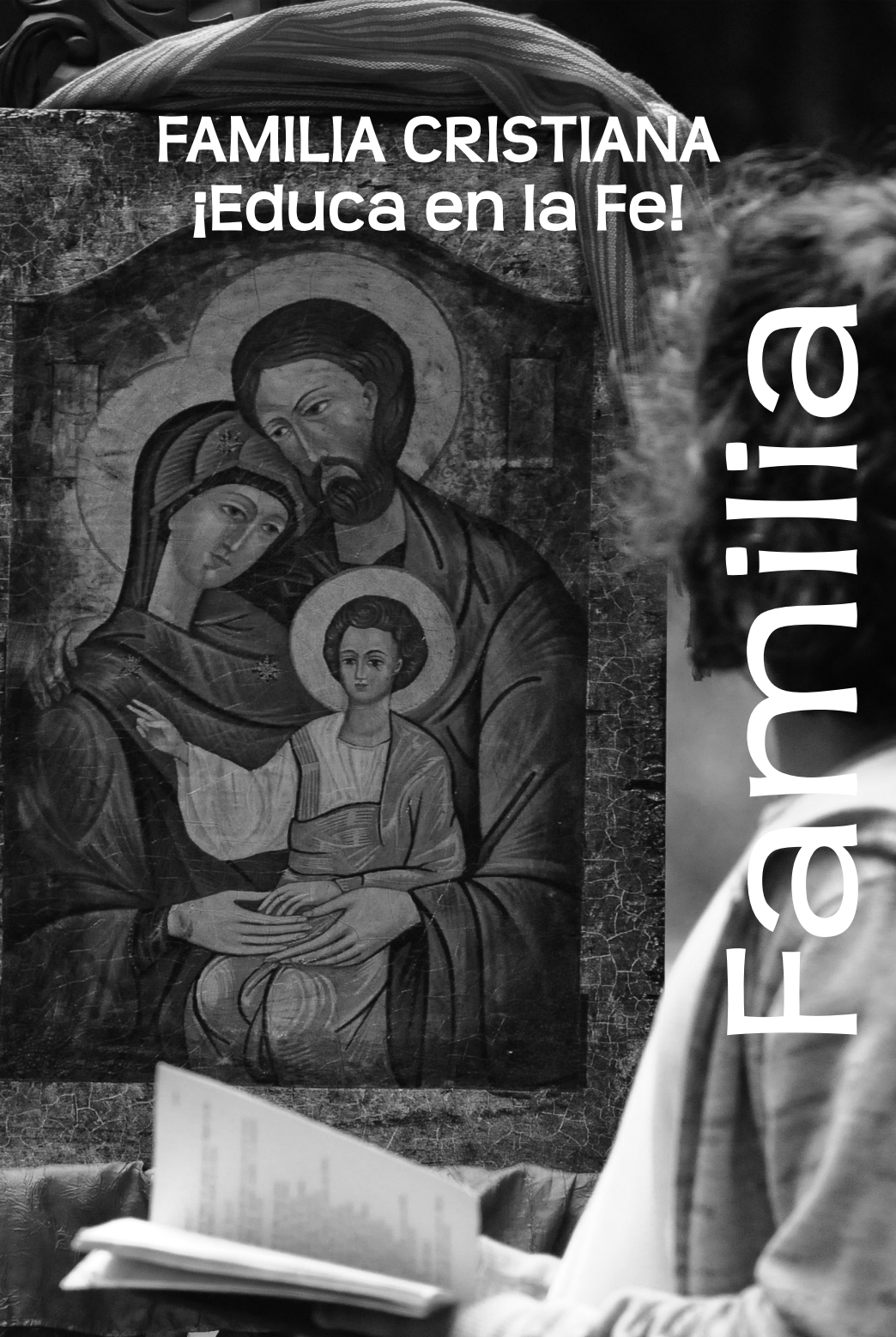
"Esto sucedió en Caná de Galílea.
Allí manifestó su gloría y sus discípulos
creyeron en Él" (Jn 2, 11)

Comunidade Caná
Pasante, 4 - 36954 Moaña (Pontevedra)
986 313 795
www.comunidadecana.org
cana@comunidadecana.org

Venta y distribución: Comunidade Caná

Texto y diseño: Comunidade Caná - 2008
Fotografía y maquetación: Yesurún S.L.U.
Primera edición: 16 de julio de 2009 / Nuestra Señora del Carmen
D. L. PO 478-2009
Impreso en España

FAMILIA CRISTIANA
¡Educa en la Fe!



Todos somos débiles, pero no estamos llamados al conformismo, a la mediocridad, a seguir durmiendo mientras el mundo arde en las llamas del consumismo, de la superficialidad y del sálvese quien pueda.

Familias Cristianas: ¿durmientes o invencibles?

Entre las **familias oficialmente cristianas** abundan las familias **'durmientes'**. Hacen como que no se enteran de los problemas que tienen en casa y **aguardan pasivamente tiempos mejores**. No saben lo que se pierden. Porque vivir una buena relación como esposos, desde la perspectiva humana, es algo muy gratificante. Y si añades la perspectiva de la Fe, resulta algo maravilloso. El diálogo sincero y abierto entre los esposos adquiere horizontes nuevos cuando son conscientes de que no dialogan solos. Cristo les acompaña y han de estar atentos para captar lo que Él les quiere decir a través del otro. Educar a los hijos, con todas las dificultades que tiene esta empresa, se convierte en una gozada cuando se les ve como un regalo de Dios y cuando los esposos se sienten llamados a colaborar con el Señor para ayudarles a ser no sólo personas íntegramente desarrolladas, sino hijos de Dios en camino hacia su plenitud.

No necesita la Iglesia solamente gente buena. Necesita hombres y mujeres fuertes y recios; no matrimonios con las manos caídas y los ojos abatidos. Necesitamos tener más en cuenta las virtudes que los defectos y lanzarnos a la aventura de vivir lo que anunciamos y anunciar lo que vivimos. De lo contrario,

no seríamos más que rebaño de débiles, mediocres receptores de un carisma que no merecemos. La Iglesia **necesita familias inasequibles al desaliento.**

Las familias cristianas están llamadas a **vivir intensamente la espiritualidad familiar**, a llevar hasta el límite las promesas bautismales, a vivir la ayuda mutua y dar así testimonio de lo que creen. Apostar fuerte por llevar adelante las propias convicciones, pretender la santidad viviendo en familia, no es precisamente espiritualismo. Ahora bien, para vivir así no valen mediocridades. Por otra parte, no se trata exclusivamente de esfuerzos humanos casi heroicos. **El poder de Dios se manifiesta cuando el hombre reconoce su propia debilidad**. Lo que no obsta para que a la tierra prometida del gozo y la felicidad familiar sólo se llegue cruzando el desierto de los cansancios, las crisis y las 'noches oscuras'. Sólo quien es capaz de caminar en la oscuridad alcanza la luz. Una familia cristiana que lo es de verdad, vive a **contracorriente** y **no** puede aspirar a una **vida cómoda y sin tensiones**. Necesitamos familias católicas que, luchando con la confianza puesta en Dios, se sientan invencibles. Unas familias así son, en un mundo que se precia de no creer en Dios ni en el amor limpio y sacrificado, una '**teofanía**': una **manifestación de Dios**, de su amor **fiel y lleno de ternura**.

Nada de intentar justificarse diciendo 'nosotros no podemos' cuando en realidad lo que sucede es que no

queremos. **No estamos para blandenguerías, anemias espirituales y miedos paralizantes**. ¡Despierten las familias dormidas, levántense las abatidas, acompañemos a las que flaquean, animemos a las que se vienen abajo! Todos somos débiles; pero no estamos llamados al conformismo, a la mediocridad, a seguir durmiendo mientras el mundo arde en las llamas del consumismo, de la superficialidad y del sálvese quien pueda. Necesitamos familias que vivan un **cristianismo arriesgado, alegre y comunitario**.

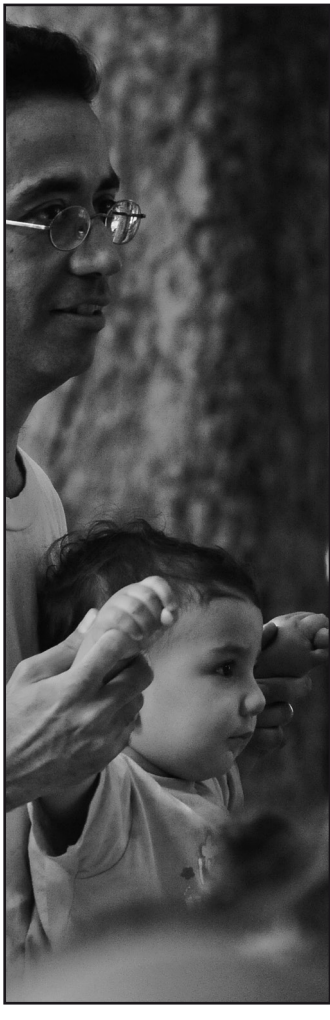
+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

"**La familia cristiana** tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es **transmitir la fe,** que implica la entrega a **Jesucristo, muerto y resucitado**, y la inserción en la comunidad eclesial. **Los padres** son los **primeros evangelizadores** de los hijos, don precioso del Creador, comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral **enraizado en la voluntad de Dios**, dentro del cual *el* **hijo crece** en los valores humanos y cristianos que dan **pleno sentido a la vida**".

Benedicto XVI

Situación actual

Dificultades a la hora de educar en la familia



1. Ser padres es mucho más que traer hijos al mundo. Lo sabéis muy bien. "Tres segundos -dice la psiquiatra francesa Françoise Dolto- bastan al hombre para ser progenitor. Ser padre es algo muy distinto. En rigor, sólo hay padres adoptivos. Todo padre verdadero ha de adoptar a su hijo". Y, en el mismo sentido, afirmaba Schiller: "No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos". Educar es, al mismo tiempo, un derecho y un deber de los padres: "esencial, original y primario, insustituible e inalienable"[1]. Educar es tratar de sacar a flote en cada persona lo mejor de sí misma, ayudándole a liberarse de las esclavitudes que le vienen de fuera y, sobre todo, de las esclavitudes todavía más poderosas que ella se impone.

Los padres son educadores por el hecho de ser padres; no necesitan

[1] JUAN PABLO II, *Familiaris Consortio* 36 [en adelante: FC].

título añadido alguno. Su labor educativa no se agota en procurarles simplemente el 'bien-estar', sino que mira al 'ser': ayudan a que sus hijos lleguen a ser personas que puedan satisfacer sus necesidades biológicas, afectivo-relacionales y espirituales. Educar a un hijo no es lograr que "esté contento" a toda costa, que no le falte de nada. Educarle es favorecer su desarrollo como persona en sus conocimientos, en sus comportamientos, en sus convicciones y sus actitudes. La persona se logra cuando se siente amada y puede amar. Por otra parte, sólo quien ama educa de verdad.

Educar es algo parecido a plantar un árbol. Requiere cuidado. Es necesario quitar las hierbas dañinas y la maleza, echar abonos y proporcionarle apoyo para que pueda crecer derecho. Un hijo necesita también muchas atenciones. Para que un árbol crezca vigoroso necesita, en su momento, ser podado por manos sabias, a la vez firmes y amorosas. La educación de un niño precisa a veces intervenciones aparentemente duras, disciplina constructiva, para que no quede confundido, enredado e improductivo. Pero todas ellas han de ir acompañadas de mucho amor. Son felices las personas que crecen derechas con la ayuda de sus padres y educadores. Darán en su día hermosas flores y sabrosos frutos; construirán una sociedad más habitable. Los ritmos de los árboles se parecen a los de los seres humanos: hay un tiempo para ser plantado, un tiempo para crecer, un tiempo para dar flores y frutos, un tiempo para enflaquecer y morir.

2. Vivimos un momento en que muchos padres se creen incapaces de transmitir sus valores o

dudan de cuáles son los valores que deben transmitir a sus hijos. No faltan los que ceden a la tentación de creer que quien de verdad influye decisivamente son los medios de comunicación de masas y los amigos. Por todo ello, los padres han perdido buena parte de su capacidad educadora en general. Debido al estilo actual de vida, carecen de tiempo para convivir tranquilamente con sus hijos. Los hijos, por su parte, pasan muy poco tiempo con sus padres. Y cuando conviven, cada uno se aísla con su ordenador o con su música. No hay apenas espacios y tiempos en los que puedan surgir los temas de interés. El trabajo de la mujer fuera de casa se ha introducido rápidamente y, aparte de sus ventajas, algunas veces perjudica seriamente la función de la madre en la vida familiar, particularmente como educadora de sus hijos. Tanto el padre como la madre tienen sus tareas específicas, además de las comunes, en el delicado y decisivo proceso educativo que mira a la maduración afectiva y personal de los hijos.

No obstante todo lo que acabamos de plantear, he aquí una opinión autorizada que nos debe dar que pensar: "Es la institución familiar -no duda en afirmar Gerardo Pastor Ramos- la que mayor influjo ejerce sobre el desarrollo psicosocial del ser humano, pues, precisamente dentro de este ámbito interactivo íntimo, es donde ocurren las más tempranas e intensas experiencias de cognición y significado, de deseos y frustraciones, de emociones como miedo, amor, placer, seguridad y afecto, experiencias que configurarán para toda la vida la urdimbre básica de una personalidad infantil ahora en ciernes. Ni las guarderías o escuelas, ni los grupos de coetáneos ni las parroquias ni los medios

de comunicación social (prensa, radio y televisión), logran penetrar tan a fondo en la intimidad infantil como los parientes primarios, esos seres de quienes se depende absolutamente durante los seis o nueve primeros años de la vida (padres, hermanos y tutores)"[2].

3. La familia no tiene ya tanta fuerza educadora como en el pasado, al menos aparentemente. Pero todavía posee grandes posibilidades como educadora en valores como la acogida cálida, el sentido de respeto y de justicia, el diálogo, la gratuidad, la generosidad, la fidelidad, la capacidad de sacrificio, la comprensión, la no-competitividad, el amor solidario... Si estos valores no se cultivan en su seno, es muy posible que nadie lo haga en su lugar, porque en la sociedad actual son ignorados o manipulados.

Dificultades añadidas para educar en la fe dentro del hogar

4. La familia cristiana, por el sacramento del matrimonio y por el bautismo de los padres y de los hijos, es "Iglesia doméstica" y, por tanto, la primera y principal comunidad encargada de iniciar a los hijos en el misterio de Dios. Los padres son los genuinos transmisores de la fe que profesan a sus hijos. Es un hecho constatado que, en los países donde los cristianos han sido perseguidos durante mucho tiempo, la fe se ha conservado y transmitido en los hogares. Por otra

---

[2] G. PASTOR RAMOS, *La familia y la transmisión de valores*: Misión Abierta 1 (1991), 23.

parte, ya en los primeros momentos del cristianismo la familia cristiana jugó un papel decisivo, hasta el punto de convertirse en el lugar por antonomasia donde la Iglesia trasmitía la fe. Y otro tanto ocurre ahora en muchos países de misión.

5. Creo que los católicos no hemos valorado suficientemente el papel de la familia en el servicio a la fe de las nuevas generaciones. En un pasado no lejano, la familia iniciaba pacíficamente en el conocimiento y amor a Dios, enseñaba las primeras oraciones, ayudaba a distinguir el bien y el mal moral desde pequeños, era el ámbito adecuado para alimentar la fe cristiana… Ahora, ese proceso se ha alterado y la transmisión de valores -incluidos los evangélicos- corre serio peligro. Nos encontramos ante uno de los hechos más graves acontecidos en Europa durante el último siglo: "Muchos de los cauces habituales -denunciaba el cardenal Rouco en una Conferencia en el Club siglo XXI de Madrid- por los que nosotros hemos recibido el conocimiento de Jesucristo y el amor a Él han dejado de ser eficaces. En cambio, no son pocos los altavoces y los mensajes de contenido anticristiano e incluso blasfemo que martillean las mentes y los corazones de nuestros niños y de nuestros jóvenes. Nos duele enormemente. Pero el dolor debe dar paso a la propuesta neta, clara y completa del Evangelio. Confiamos absolutamente en su virtud y en su fuerza. No nos avergonzamos del Evangelio. Menos que nunca a estas alturas de la historia, cuando los mesianismos terrenos y los profetas de un mundo sin Dios han mostrado ya lo que pueden en realidad ofrecernos: falsas promesas de vida y reales salarios de muerte"[3].

[3] Cardenal A. M. ROUCO VARELA , *Retos y tareas*. Conferencia pronunciada en el Club siglo XXI de Madrid.

6. Educar en la fe resulta en realidad un poco más difícil que educar sin más. Algunas familias se sienten demasiado débiles como para contrarrestar influencias ajenas; se sienten impotentes y frustradas porque no ven en sus hijos aprecio a las creencias y los valores cristianos que para ellos significan tanto. A veces, los mismos padres se bloquean en lo referente a la educación religiosa, refugiándose en que la fe de sus hijos ha de ser fruto de su opción libre cuando lleguen a ser mayores y no la quieren condicionar antes de tiempo. No actúan de la misma manera cuando se trata de alimentarles o de enseñarles las primeras letras.

Parece que en España el 75 % de los esposos celebra su matrimonio como sacramento. Pero hemos de reconocer sinceramente que muchos lo celebran sin unas mínimas condiciones de fe y sin un proyecto de vida verdaderamente cristiano. En estos matrimonios los hijos suelen nacer tarde y son escasos. La práctica sacramental de las familias jóvenes es muy baja. Los párrocos y los catequistas se quejan del desinterés de los padres por la educación cristiana de sus hijos en la catequesis parroquial. Muchos quieren bautizar a sus hijos, la mayoría desean que hagan la primera comunión, pero no perciben la necesidad de que esas celebraciones sacramentales vayan acompañadas de las correspondientes actitudes religiosas que también ellos deberían colaborar a despertar y desarrollar en sus hijos.

7. La educación de la fe no es una tarea solamente para cuando los hijos son pequeños, sino que dura toda la vida. Tampoco es una labor más al lado de

las demás tareas -trabajar para comer, atender a los hijos, practicar unos hobbies, etc-, con la que los padres han de cargar por su condición de cristianos. Comunicar la fe es algo que está dentro de todo lo que se vive en una familia cristiana, aunque luego se necesiten algunas actividades específicas. Pero estas últimas tienen un centro y un origen que está en el conjunto de todo lo que se vive. Educar la fe no es una disciplina especial para algunos que se sienten especialmente capacitados para impartirla. Ni algo que sólo pueden llevar a cabo extraterrestres o ángeles del cielo. Las familias cristianas son gente corriente que tiene que bregar cada día, constatando sus límites e incluso sus pecados y rebeldías, pero que experimenta cómo la fuerza de Dios se manifiesta en su debilidad. Comunicar la fe es mostrar que existe la posibilidad real de vivir humanamente todos los aspectos que conforman la trama de la vida humana: la alegría de una vida que comienza, la ilusión por encontrar trabajo, la enfermedad que se presentó de repente, el fracaso inesperado, el progresivo envejecimiento… Todo puede ser vivido hasta el fondo, con plenitud. La vida no nos va desgastando y reduciéndonos a la nada en su transcurso, sino que puede ser ocasión de crecimiento interior. Hay que hacer ver que esto es posible; y luego, cómo y dónde es posible.

8. La familia cristiana no puede educar en la fe como antiguamente. "Yo leí -decía el cardenal Ratzinger en una entrevista- la historia de un sacerdote ortodoxo que comentaba: 'me esfuerzo mucho, pero la gente no me escucha o no vienen o se duermen. Seguramente es porque lo que tenía que decir lo he dicho mal'. Es una experiencia típica que otros también han tenido. Lo que

verdaderamente importa es que el predicador tenga relación interior con la Sagrada Escritura, con Cristo vivo a través de la Palabra, y que al mismo tiempo sea un hombre que esté y viva en nuestro tiempo, que no huya de él, que reelabore interiormente la fe. Entonces, si logra expresarla verdaderamente desde el fondo de su alma, el nuevo tono saldrá espontáneamente"[4]. La familia cristiana educa en la fe cuando hace posible y explicita que hay un lugar donde se puede experimentar que no hemos sido arrojados al mar del mundo para arreglárnoslas como podamos, sino que hemos nacido del amor de nuestros padres en el seno de una familia, y ahí somos queridos, no por lo que hagamos o la utilidad que reportemos, sino por el mero hecho de haber venido al mundo. Ésta es una de las principales aportaciones de la familia, si no la principal. Cuando falta esta experiencia de la gratuidad del amor familiar, la mirada sobre las cosas de la vida se vuelve pesimista. Más aún, en la familia podemos experimentar cómo no sólo se cuida de nuestra alimentación, nuestra salud, nuestra seguridad, etc, sino que también se nos pone en la pista de encontrar respuesta a una de nuestras inquietudes más grandes y persistentes, a saber: que nada nos satisface plenamente. El amor gratuito de los padres hacia los hijos es como un atisbo, como una introducción al descubrimiento del amor que Dios nos tiene. Ningún ser humano puede hacer plenamente feliz a otro, pero todos podemos hacer un poco más felices a los demás y, de la mano, caminar al encuentro con el Otro, con mayúscula, que es quien nos puede

[4] Cf. J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Quién es y cómo piensa Benedicto XVI. Una conversación con Peter Seewald*, 5ª ed., Madrid 2005, 284.

proporcionar la felicidad plena[5].

9. Por todo lo anterior se comprende que educar en la fe en la familia no puede reducirse a mera transmisión de conocimientos de carácter religioso. Su objetivo es ayudar a los hijos, a lo largo de su proceso evolutivo, a ir construyendo su vida desde la fe y desde los valores evangélicos; o lo que es lo mismo, acompañar a los hijos en la búsqueda de la propia identidad religiosa. La familia educa en la fe desde la ayuda prestada en la cercanía de un amor personalizado, en la concreción de lo cotidiano y en la naturalidad de lo diario, lo sencillo y lo normal. Los padres son quienes mejor pueden hacer resonar la voz de Dios ante sus hijos. Pero a condición de que ellos mismos traten de vivir la fe que pretenden transmitir.

A la hora de modelar la personalidad creyente de los hijos, los padres desempeñan una labor muy importante. Si viven alegres y confiados porque su vida está en las manos en Dios, si acogen a los que les rodean y confían en ellos, los hijos se sentirán seguros y confiados. Se sentirán capacitados para establecer relaciones positivas y fecundas con los demás y todo esto les permitirá abrirse al descubrimiento de Dios para orientar hacia Él la mente y el corazón[6]. Si los padres irradian algo de la bondad, la acogida y la disponibilidad

---

[5] Cf. J. L. RESTÁN MARTÍNEZ, *La familia, transmisora de la fe*. Ponencia en las XXVII Jornadas Pastorales del Pueblo de Dios en Navarra, 5.10.2005, 1459-1470.

[6] Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 1995, nº 6.

de Dios, los hijos se sentirán a gusto junto a ellos llegando a percibir que esos valores no son exclusivamente humanos. ¡Así merece la pena vivir!, confesarán sin dudar. La fe comienza por la experiencia, aunque no puede ser reducida a un simple experimento; la genuina experiencia de fe ayuda a descubrir que Dios siempre es más grande que las experiencias de los hombres. Pero no olvidemos que la fe sin experiencia se convierte en puro verbalismo, palabras vacías de sentido; y, por otra parte, reducir la fe a una experiencia entre otras equivale a privarla de su núcleo, a desnaturalizarla.

El acompañamiento hecho a los hijos en su caminar hacia la maduración de la fe y de la vida cristiana no debe interrumpirse en la adolescencia y en la juventud, aunque resulte entonces más complicado. La paciencia, la confianza renovada, el tacto exquisito para conciliar las primeras y sucesivas experiencias de libertad y autonomía con la presencia y el acompañamiento que todavía necesitan, serán también expresiones de un amor sin fisuras que haga posible la educación religiosa.

10. ¿Qué le pasa, pues, a la familia cristiana que no acaba de decidirse por educar en la fe a sus hijos? ¿Cómo podríamos ayudarle para que progresivamente viva su condición de Iglesia doméstica y, por tanto, evangelizadora? A la hora de dar respuesta a estos interrogantes hay que tener muy en cuenta dos realidades de hondo calado: por una parte, la fe absolutamente débil de muchos padres cristianos y, por otra, la crisis de la socialización primaria en la familia, también en lo religioso.

Una fe progresivamente debilitada

11. La fe es siempre un regalo de Dios. Nadie puede creer en Jesucristo si el Padre no lo atrae (Jn 6, 44). Pero, al mismo tiempo, la fe, es, por parte del hombre, un 'obsequio razonable', una decisión personal absolutamente intransferible. La obediencia de la fe no es una obediencia puramente exterior y ciega.

La fe en Dios no es una ciencia que se pueda estudiar. Aunque creer no es irracional y absurdo, el hombre, al reconocer a Dios y fiarse totalmente de Él, va más allá de la razón. La fe abarca todas las dimensiones de la existencia: razón, voluntad y sentimiento. Hay cosas, como el sufrimiento de los seres humanos, sobre todo de los inocentes, que parecen la negación de Dios. Pero el que abre sus ojos a la fe llega a ver las cosas de otra manera. El misterio del sufrimiento sigue en pie delante del cristiano; pero algo importante ocurre cuando se mira a un Cristo crucificado que lo ha asumido tan a fondo y le ha dado sentido.

La fe católica no es una venerable tradición religiosa como otras muchas. Tertuliano comentó una vez: "Cristo no ha dicho: yo soy la costumbre. Ha dicho: yo soy la Verdad'". Cristo, en muchas ocasiones, nos aparta de costumbres y de tradiciones para introducirnos en la búsqueda de la verdad.

La fe no es sólo aceptación de unas verdades, sino una semilla de vida dentro de mí. La fe es algo vivo, es como una simiente que puede germinar y crecer o

puede volverse estéril. Sólo seré verdadero creyente cuando esa semilla viva crezca en mi interior y me transforme realmente. Es un camino a recorrer, nunca una posesión. Se ve amenazada una y otra vez. La fe sólo puede madurar soportando la duda y aceptando, en todas las etapas de la vida, el acoso y el poder de la falta de fe. La fe evoluciona. Desde su contexto vital, cada persona y cada generación pueden descubrir facetas nuevas del misterio de Dios. Se trata de dejarse conducir por el Espíritu Santo que guía hacia la verdad completa, como nos dice el evangelio de Juan.

Abrirse al más allá proporciona pautas para vivir el más acá, confiere a esta vida la seriedad y el peso necesarios para no tener que vivir exclusivamente en función del instante.

La fe no es placentera en muchas ocasiones, pero sí aporta una felicidad profunda y duradera. La felicidad rápida no encaja con la fe. Por eso cuando lo que se busca es el placer inmediato cuesta creer que es una aventura que dura toda la vida.

Creer consiste en confiar en Dios, ponerse del todo en sus manos. Lo dice hermosamente nuestro Xavier Zubiri: "Fe es la entrega o adhesión personal, firme y opcional, a una realidad personal en cuanto verdadera. En última instancia, fe es simplemente hacer nuestra la atracción con que la verdad personal de Dios nos mueve hacia Él"[7]. "La fe es, pues, encontrar un Tú -escribía el cardenal Ratzinger- que me sostiene y que,

[7] X. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, 221.

en medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no sólo ansía la eternidad sino que la otorga. La fe cristiana vive de que no existe el puro entendimiento, sino el entendimiento que me conoce y que me ama, de que puedo confiarme a Él con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, la misma cosa; y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del 'yo creo en Ti', del descubrimiento de Dios en el rostro de Jesús de Nazaret"[8].

Pero no podemos confundir la fe ni con lo que llamaríamos 'vana credulidad' ni con la superstición. En la vida del creyente, la experiencia va confirmando poco a poco la creencia hasta que se revela plena de sentido. El ser humano puede encerrarse en sí mismo, acaparar; y puede abrirse a los demás y entregarse. Sólo desde esta segunda actitud es posible la fe. Pero siempre pervive la tentación de la desconfianza, la tendencia a cerrarse diciendo no. La fe puede crecer y puede también contraerse.

12. Un cierto pudor religioso y, sobre todo, el miedo a crear extrañeza, el temor a invadir la intimidad de nuestros interlocutores cayendo en el proselitismo, no menos que nuestra débil experiencia creyente, crean en nuestra sociedad un espeso silencio en torno a Dios

[8] J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, 2005, 71.

y en torno a Jesucristo. En nuestro mundo occidental se ha llegado a decir que es menos difícil 'practicar la caridad que anunciar la fe'[9]. La fe de muchos es una fe débil, insegura, llena de dudas; o una fe naturalista, a la carta, sin el elemento básico de la obediencia a la revelación de Dios custodiada y anunciada por la Iglesia. Algunos cristianos tienen la fe como un recurso de última hora, por si acaso.

¿Cómo se llega a una fe débil? Pues, a menudo, las personas se instalan en una forma de vivir que, de hecho, ahoga la inquietud religiosa que brota del corazón humano. Su ritmo de vida agitado, su mundo de preocupaciones e intereses, su obsesión por el disfrute inmediato, su manera de consumir noticias y televisión, no dejan apenas resquicio para el crecimiento de la fe. Esa vida pragmática y superficial impide a la persona llegar con un poco de hondura al fondo de su ser. Ya no hay en su vida sitio para Dios. O sólo queda sitio para una religión 'rebajada' al plano de lo útil y lo pragmático, donde lo religioso se convierte en un artículo más al servicio del propio bienestar, pero donde falta la adhesión gozosa a Dios y el seguimiento fiel de Jesucristo. La fe -no lo olvidemos- ha de ser revivida y reencontrada en cada generación. Y lo peor es que, cuando una persona o una generación se sienten defraudadas por la fe cristiana, no se instalan en el vacío, sino que buscan nuevas formas de falsa religiosidad y el esoterismo.

---

[9] Cf. J. M. URIARTE, *María en la misión de la Iglesia* en *María, evangelio vivido*. Congreso Mariológico de Zaragoza 1998, 150.

Nuestra cultura nos conduce, casi sin darnos cuenta, a vivir centrados en nosotros mismos, confinados en nuestros propios deseos, a creernos el centro del mundo, a permanecer pendientes del propio yo y de las pequeñas satisfacciones que podemos alcanzar en la vida terrena, sensorial y material. Así no se puede creer en Dios. Es exactamente lo contrario.

"La tentación actual -denunciaba Juan Pablo II- es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha producido una "gradual secularización de la salvación", debido a lo cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndolos a los admirables horizontes de la filiación divina"[10].

Crisis de la familia como transmisora de valores, especialmente de valores religiosos

13. La familia no es tan sólo cuna para que nazca una nueva vida humana, sino escuela donde se transmiten los valores (estéticos, profesionales, sociales, éticos, religiosos...) y se regenera el tejido social. En familia se trasfunden valores privados y públicos, hábitos cívicos y convicciones políticas con valores religiosos

[10] JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, 11.

y morales[11]... Hoy, sin embargo, se pone de relieve la crisis de la socialización primaria en la familia, y, en consecuencia, la crisis de la socialización religiosa. El sociólogo Juan González Anleo lo explica así: "Hay que añadir una razón inédita para nuestra época: la quiebra de la socialización religiosa de los niños y adolescentes españoles, y la presencia en muchos hogares de padres y madres 'secularizados', no transmisores de la 'memoria religiosa' de nuestro pueblo [...] El problema de fondo [...] es que los padres españoles, ya secularizados, apenas transmiten la religión a sus hijos. Y el entorno social, ampliamente secularizado, los medios de comunicación de masas en especial, enfrían todo esfuerzo socializador de las familias en un sentido religioso. El resultado es que los padres españoles sitúan muy bajo el valor religión en su proyecto educativo (sólo una cuarta parte creen que es importante). Y muy bajo también en su praxis educativa, concretamente en el último puesto en la lista de trece valores propuestos a las familias de los alumnos de 14 a 16 años en la investigación del INCE de 1998"[12]. ¿Cuál es el núcleo de la crisis en la transmisión y educación de la fe? "El derrumbamiento de la familia tradicional", no duda en contestar D. Hervieu-Léger[13].

---

[11] Cf. R. PALMERO RAMOS, *Transmitir la fe en la familia*, Carta Pastoral, Palencia, Adviento 2002; V. CAMPS, *Los valores en la educación*, Madrid 1993.

[12] J. GONZÁLEZ ANLEO, *La religiosidad española*: presente y futuro en O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL (Dir.), *La Iglesia en España* 1950-2000 (Madrid 1999) 20. 51.

[13] D. HERVIEU-LÉGER, *La religion pour mémoire*, Cerf, Paris 1993, 192.

14. Los valores religiosos, y más en concreto la fe cristiana, cada vez son menos relevantes para la sociedad en general y para la familia en particular. La indiferencia religiosa y el laicismo que llevan a plantearse la vida como si Dios no existiera, están causando una fuerte mella en muchos hogares españoles. En la cultura actual se presenta la fe cristiana -y en general cualquier tipo de religión- como algo que carece de utilidad práctica, que no está de moda y que engendra inevitablemente autoritarismo y fanatismo, lo cual es incompatible con la convivencia democrática. Así es muy difícil la socialización religiosa, como es obvio. Luego se constatan hechos como el siguiente: "El agotamiento de la socialización religiosa de los jóvenes -comentan prestigiosos sociólogos españoles- ha hecho que los jóvenes actuales ingresen en la juventud con una identidad católica muy debilitada y aterricen en el planeta juvenil con un capital religioso notablemente disminuido"[14].

Los obispos de las islas Baleares se expresan en estos términos: "Por otro lado, debemos decir, con claridad y con dolor, que muchos padres cristianos se han inhibido ante sus deberes en la educación de los hijos, sobre todo en los primeros años, al confiarla exclusivamente a la escuela y a la catequesis, si es que no se han desentendido completamente de esa misión educativa. Unas veces porque han considerado que estaban demasiado ocupados en la tarea de asegurar los bienes materiales para ellos y para su familia;

[14] J. ELZO-J. GONZÁLEZ ANLEO, *Jóvenes españoles '99*, SM, Madrid 1999, 314.

otras, engañados por la opinión -lamentablemente tan extendida- de que la opción por los valores, sobre todo los religiosos, deben hacerla los hijos cuando estén capacitados para decidir por sí mismos (algunos han llegado a creer que cualquier intervención externa en los años de la infancia podría marcarlos negativamente para toda la vida); y, otras veces, porque, poco preparados en materia religiosa, no saben cómo educar cristianamente a sus hijos desde pequeños"[15].

15. En resumen, la realidad, globalmente considerada, y en concreto la familia, el trabajo, la ciencia, la cultura, el arte... durante siglos impregnados de cristianismo, no reflejan ya el contenido de la experiencia cristiana; más aún, caminan en la actualidad al margen de la fe cristiana, cuando no en claro enfrentamiento con ella.

Sin embargo, se puede y se debe seguir apostando por la familia como comunidad educadora y, más en concreto, como comunidad educadora de la fe. La complejidad de la educación de la fe, que no termina en la mera comunicación de contenidos pero que no se puede llevar a cabo sin ellos, reclama que la invitación a la fe sea algo que necesite decisión y audacia. Porque sólo éstas hacen posible el encuentro de dos libertades: la de Dios y la del hombre.

---

[15] CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE LAS ISLAS BALEARES Y PITIUSAS, *La familia, transmisora y educadora de la fe. Pautas de educación cristiana para las familias ante el nuevo milenio*, Mayo 2000, 62.

La fe pasa de una generación a otra. Ningún tiempo le es refractario; está destinada a cada tiempo. Es en la sociedad actual donde hay que hacer presente la fuerza de la propuesta del Evangelio, aunque represente una instancia crítica frente al mundo y a la sociedad cuando se vuelven inhumanos. El tiempo actual no es más desfavorable al anuncio del Evangelio que el tiempo pasado. La situación crítica en la que nos encontramos nos empuja, creo yo, a ir a las fuentes de nuestra fe y a hacernos discípulos y testigos del Dios de Jesucristo de una manera más decidida y más radical.

El gozo de educar la fe en la familia

Educar en la fe, una tarea

16. Es preciso reconocer, de entrada, que la fe no se trasmite como se traspasan los rasgos genéticos o las cualidades hereditarias, y ni siquiera como se aprenden unos conocimientos. La fe es algo mucho más personal y libre. La fe nace en lo más profundo de cada persona como una decisión libre, preparada por la acción del Espíritu Santo que nos ilumina, nos atrae y nos seduce para que creamos en Dios Padre y sigamos por convencimiento a Jesucristo.

La fe, ¿puede ser educada? Si hablamos de la fe como don de Dios y decisión personal de creer en respuesta y obediencia a Dios, la fe no se educa desde fuera. Pero se puede suscitar, puede hacerse apetecible. Para educar la fe hace falta crear unas relaciones interpersonales sólidas y duraderas. La familia es un lugar propicio para ello. Y cuando la familia se queda corta, hacen falta pequeñas comunidades o grupos

cristianos vivos y abarcables que se conviertan en el 'hogar' privilegiado para educar la fe. Educar es también procurar las mediaciones indispensables para identificar, vivir y expresar la realidad trascendente cuya Presencia se acoge y se vive, integrándola en la experiencia ordinaria de vida.

Si consideramos la fe como 'conjunto de creencias', la fe resulta más claramente capaz de ser educada. Los contenidos de la fe pueden y deben ser enseñados. La Iglesia -y en ella la familia- educa la fe que ella ha recibido y educa la capacidad del catecúmeno para que preste libremente la 'obediencia de la fe' (Cf. Rom 16, 26). Educar la fe es, fundamentalmente, facilitar la toma de conciencia de la presencia de Dios en el interior del educando, ayudarle a acogerla, a consentir a su llamada. En definitiva, educar a la persona en la experiencia de Dios presente en su interior, provocando en ella la adhesión de la fe y la experiencia de esa adhesión. Luego vendrá la aceptación de unas verdades, el cumplimiento de unos mandamientos y la práctica de unos ritos.

La experiencia de Dios no es algo reservado a una élite de 'espirituales' o 'místicos', sino que es algo de todo cristiano; a ella están llamados especialmente, en todo caso, los pequeños y los sencillos de corazón (Mt 11, 25) Se trata de una pequeña ayuda para que pueda lograrse el encuentro entre Dios y el hombre, de la Escritura y el alma, como escribe bellamente Orígenes. Es poner a la persona en contacto con el 'maestro interior', el Espíritu Santo, como dice San Agustín. Cuando este diálogo se establece de una manera fluida,

se experimenta una gran felicidad porque, en definitiva, "el hombre es un ser con un misterio en su corazón que es mayor que él mismo"[16].

17. Un hecho: si no se educa en la fe, se educa en la increencia. La familia es, se quiera o no, una realidad educadora. Para bien o para mal. Todo educa o deseduca en la familia: desde el clima afectivo hasta los elementos decorativos, pasando por las conversaciones de sobremesa, el lenguaje, las costumbres familiares, el ser una familia abierta o cerrada... Por eso no se trata de escoger entre que la familia eduque o no, sino de contribuir a mejorar su capacidad y calidad educativa.

Y no olvidemos que la familia depende primordialmente del matrimonio que está en su origen. De una pareja concreta, con sus nombres y apellidos, con su historia personal; con su historia de amor como pareja que puede encontrarse en momentos de plenitud, de declive, de aburrimiento, a punto de romperse o con posibilidades de reencontrarse y rejuvenecer. Todo esto no es ajeno a la educación; más bien es básico, diría yo. La vida, el amor, el estilo de comunicarse y resolver los problemas, la postura ante la realidad ambiental de los padres... dejan una huella indeleble en los hijos. "Hoy en día, muchos padres no encuentran el modo de transmitir con naturalidad la fe a sus hijos. En algunos casos, necesitan clarificar y purificar su propia experiencia creyente de dudas o incoherencias. En otras ocasiones, precisan ahondar en su propia vida de fe, pasando de

---

[16] H. U. VON BALTHSAR, *La oración contemplativa,* Ediciones Encuentro, Madrid 1985, 16.

unas ideas y conocimientos; o de unos sentimientos elementales y unas prácticas tradicionales, a una verdadera vivencia comprometida de la fe. Necesitan la ayuda de la comunidad eclesial para madurar como cristianos y poder asumir con garantías la responsabilidad de educar a sus hijos en la fe. Pero no pueden soslayar su función insustituible pensando que la catequesis o la enseñanza religiosa pueden suplir por sí solas su inhibición en la educación cristiana de sus hijos"[17].

18. Juan Pablo II ha insistido muchas veces en que "la evangelización, en el futuro, depende en gran parte de la Iglesia doméstica"[18]. "Compromiso primario es, pues, formar a la familia para que sea sujeto responsable y cualificado de la acción evangelizadora [...] La evangelización pasa necesariamente a través de la familia que es, a su vez, objeto y sujeto del anuncio del Evangelio"[19].

Pero "muchas veces, incluso entre esposos creyentes, no se llega a compartir en diálogo abierto y sincero la experiencia de la fe. Si la fe es auténtica, constituye un aliento vital inseparable de la vida cotidiana, de las opciones y compromisos que vamos asumiendo en ella, especialmente en las cuestiones de mayor proyección en nuestra vida, como son las que se comparten en la vida conyugal. Comunicar la fe entre

[17] OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Trasmitir hoy la fe*, Carta Pastoral de Cuaresma 2001, Idatz, San Sebastián 2001, 22.

[18] JUAN PABLO II, FC 65.

[19] JUAN PABLO II, *Discurso al Pontificio Consejo para la Familia*, 30.1.93.

los esposos no consiste esencialmente en razonar juntos sobre verdades o contenidos religiosos, sino más bien en manifestar con sencillez el uno al otro la fuerza o debilidad de las propias convicciones, en expresar sinceramente los sentimientos religiosos, en descubrir las dudas o seguridades como petición u oferta de ayuda, en buscar y acoger juntos la presencia de Dios en las realidades cotidianas de la vida compartida. En el contexto de la vida matrimonial, la fe personal de cada uno de los esposos se va transformando en una fe conyugalmente vivida y compartida, en crecimiento común. De esta experiencia brota la oportunidad y la necesidad de orar, celebrar, reflexionar y expresar juntos la fe"[20].

Sobre todo, gozo

19. La alegría es como nuestro signo de identidad cristiana. "La única prueba verdadera de la existencia de Dios es la prueba de la alegría" (G. Cesbron). Ya los profetas de la Antigua Alianza invitaban al pueblo de Dios a la alegría por la presencia del Señor: "Alégrate, hija de Sion, porque el Señor está en medio de ti". Pero es sobre todo en el Nuevo Testamento cuando esta alegría se acentúa: "Alégrate... el Señor está contigo". Los pastores en Belén reciben un regalo de alegría: "Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: hoy os nacido el Salvador" (Lc 2, 10). Los magos, al ver la estrella que les conduce hasta Jesús, "se llenaron de inmensa alegría". La fuente de la alegría de Jesús y sus

[20] OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Trasmitir hoy la fe*, Carta Pastoral de Cuaresma 2001, Idatz, San Sebastián 2001, 4.

discípulos se encuentra en las Bienaventuranzas. En la Pascua celebramos la Vida que no acaba, que alienta en el camino, que da seguridad en la inseguridad, que infunde valor cuando cunde el miedo, que aporta fortaleza cuando nos sentimos débiles, que da alegría incluso cuando experimentamos la cruz y el sufrimiento. No se trata, como vemos, de una alegría superficial y pasajera, sino de una alegría honda que brota de la cruz y que es fruto del Espíritu Santo: "el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz" (Gál 5, 22). El mensaje de Jesús se anuncia como evangelio, es decir, buena noticia. El Evangelio de Juan recoge estas palabras de Jesús cuando se despide de sus discípulos: "Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado".

"Para los padres auténticamente cristianos, la educación en la fe de sus hijos no es una carga pesada, sino una tarea gozosa y gratificante. Si resulta maravillosa la experiencia misteriosa de engendrar una nueva vida, es todavía mayor alegría y satisfacción poner, en lo más profundo de la existencia del hijo, los más sólidos fundamentos para que pueda ser feliz y alcanzar la plenitud humana, sea lo que sea lo que le depare la vida que acaba de estrenar. Con su hijo pueden compartir la ternura, la fortaleza y la paz del amor de Dios que ellos mismos experimentan cada día. La misión de transmisores y educadores en la fe se convierte, entonces, en el ejercicio más alegre, amoroso y apasionante de su condición de padres"[21].

---

[21] Cf. CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE LAS ISLAS BALEARES Y PITIUSAS, *La familia, transmisora y educadora de la fe. Pautas de educación cristiana para las familias ante el nuevo milenio*, Mayo 2000, 65-66.

La Familia cauce válido de humanización, socialización y educación en la fe

20. Hace falta un método para educar, un itinerario con el que la persona pueda verificar la capacidad de humanizar que posee el cristianismo, la capacidad de educar la razón y la libertad, de modo que pueda contribuir a construir una humanidad más humana.

La familia, cauce de humanización y socialización

21. La familia es la institución primera y fundamental; viene a ser como el segundo 'útero' en que se termina de gestar la identidad del ser humano. La familia constituye el 'habitat' del ser humano: "El hombre necesita una 'morada' donde vivir. Todo hombre necesita un hogar donde se sienta acogido y comprendido. Fuera de él, las relaciones se hacen superficiales y susceptibles de rechazos e incomprensiones. El hogar debe ser para el hombre un espacio de libertad. La comunión de personas

que conforma la familia debe vitalizar internamente las distintas relaciones personales que se suceden en su seno"[22].

Básicamente, la familia es un ámbito humano. Porque en ella predomina el amor sobre la institución. Porque no sólo es el 'lugar' en que se relacionan las personas, sino 'fuerza creadora' de seres para-el-encuentro. Porque se ofrece como un lugar de descanso, de recuperación entre el ámbito de lo público y de lo privado. Porque en ella se fraguan y se asimilan o transforman símbolos básicos mediante los cuales la 'familia humana' se entiende y se estructura a sí misma. Entramos, pues, en la consideración de las funciones de la familia.

En nuestra sociedad abunda el anonimato, la despersonalización; el ser humano viene reducido a un número que se maneja olvidando su rostro y sus necesidades personales. No hace mucho, todavía el prestigioso filósofo Julián Marías, recientemente fallecido, llamaba la atención en el sentido de que "diversas formas de despersonalización caracterizan las formas más frecuentes y difundidas del mundo actual. Son legión los hombres y mujeres de nuestro tiempo que se avienen fácilmente a creer la propaganda que intenta persuadirlos de que no son nadie, simples organismos de existencia limitada, condenados a la aniquilación tras la muerte. Durante milenios el hombre había creído que era una realidad perdurable, responsable, que tendría que dar

[22] CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La familia, santuario de la vida*... nº 74.

cuentas de su conducta, la cual no se extinguiría un día cualquiera. Es urgente que nuestros contemporáneos caigan en la cuenta de que son personas con todas sus consecuencias"[23].

22. Frente a esta situación, recordamos que el Vaticano II ha mostrado la familia como "escuela del más rico humanismo" (GS 52). El Papa Juan Pablo II ha indicado que la misma experiencia de comunión y participación que constituye la familia ha de ser su primera y fundamental aportación a la sociedad[24]. Para el Papa Wojtyla, la familia constituye "el centro y el corazón de la civilización del amor"[25] que necesitamos construir después de que la "civilización del progreso" se ha evidenciado como enferma[26]. "La felicidad de las personas -han recordado los obispos de España- guarda una relación intrínseca con ese amor familiar. Por ello, muchos de los sufrimientos que marcan la vida de tantos hombres y mujeres hoy tienen que ver con expectativas frustradas en el ámbito del matrimonio y la familia"[27].

La familia aporta estabilidad emocional a los individuos y también arraigo de sentimientos de pertenencia, afiliación y solidaridad, necesarios para la cohesión social. "La familia -constata Monseñor Ricardo

---

[23] J. MARÍAS citado en Alfa y Omega 289 (10.01.2002) 30.

[24] JUAN PABLO II, *FC* 43.

[25] JUAN PABLO II, *Carta a las Familias* (1994) 13 [en adelante CF].

[26] *Ibid*., 13,15, 20.

[27] CEE, *La familia, santuario de la vida...* nº 2.

Blázquez- continúa siendo para una mayoría de ciudadanos la referencia esencial de su vida. En las situaciones críticas y de mayor debilidad, la familia aparece como soporte de ayuda incomparable; por ejemplo, en la enfermedad y en la ancianidad, en la soledad y extravío, en el paro de larga duración y en la inseguridad. La familia es, en la sociedad, ámbito de vida estable y recurso precioso en momentos de crisis e indigencia. Por eso, minar la solidez de la familia o poner trabas al cumplimiento de sus funciones es una irresponsabilidad"[28].

Tengamos en cuenta que el papel humanizador de la familia lo ponen de relieve, además de la teología, la ética y la filosofía, la antropología cultural y la sociología. Recojo algunas de sus conclusiones principales:

- La familia es *causa y efecto de la estructura social*.
- La familia es *agente y cauce de cultura.*
- En la familia se *culmina la gestación del individuo y* tiene un papel decisivo en *la construcción de la personalidad*, proporcionando al individuo su consistencia básica (seguridad, afecto) y propiciándole la estructura comunicativa primordial.
- La familia es el *soporte vital de la sociedad*: en la familia nace el 'ciudadano'. El derecho romano lo expresó considerando la familia como '*principium urbis*'[29].

Desde la sociología de carácter pragmático

[28] R. BLÁZQUEZ, *Carta Pastoral sobre la familia*, Navidad 2001-2002 Cf. Alfa y Omega 289 (10.1.2002) 12.

[29] CICERÓN, *De officiis*, cap. 1.

también se concluye que la familia aparece como una *red imprescindible* de apoyo, garantía, gestión y promoción de las necesidades humanas básicas; desde la sociología de carácter institucionalista se deduce que la familia es una *institución necesaria* en orden a la consecución de los objetivos de la sociedad. Desde la sociología de carácter integral se comprende la familia como uno de los *ámbitos de desarrollo humano*, no sólo para los niños sino también para los adultos.

23. La familia, más que institución, es una red de relaciones. "El amor esponsal -afirman los obispos españoles- es la primera relación que conforma la familia. Es el amor que los esposos se prometen al contraer matrimonio y que abre para ellos un futuro cargado de esperanza. En este futuro comprometen ambos su libertad en orden a construir su matrimonio. Los esposos encontrarán en su amor mutuo el alimento y la luz de su caminar cotidiano, siendo ellos -y no las circunstancias- los verdaderos autores y protagonistas de su familia"[30].

Después de la relación padres-hijos, son las relaciones entre hermanos el componente principal de las relaciones familiares. Nuestros obispos lo expresan en estos términos: "Las relaciones de fraternidad son el siguiente componente de la convivencia familiar. Tienen una riqueza personal singular que no se encuentra en otras relaciones humanas; es la riqueza de compartir en igualdad un único amor: el amor de los padres. En esta

[30] CEE, *La familia, santuario de la vida*... nº 75.

relación se comprende que existe una primera comunión -la familiar- que precede a la propia elección y reclama la convivencia. Se crea así un ámbito que excede la simple justicia y que conforma la 'piedad', tan importante para configurar la sociabilidad de las personas"[31].

Pensemos, además, hasta qué punto la familia desempeña un papel irreemplazable en situaciones carenciales límite. Por ejemplo, cuando alguien se quiere rehabilitar de la droga, del alcohol, de la ludopatía, o cuando se viven situaciones muy duras originadas por el paro, el nacimiento de minusválidos físicos o psíquicos, la presencia de enfermos graves o ancianos... Los obispos españoles no dudan en reconocer públicamente: "Las familias españolas han sabido responder en gran medida a los problemas de paro, enfermedad y drogadicción padecidos por alguno de sus miembros, por lo que merecen un gran reconocimiento y son motivo de esperanza en la superación de los problemas ante los que se enfrentan. Por el contrario, cuando no se ha dado el amparo de la familia, o cuando estos problemas han sucedido en familias desestructuradas, las personas se han visto en situaciones enormemente difíciles. Hoy en día, la ausencia de familias o su desestructuración se muestra como un grave peligro para el hombre"[32].

La familia posee, además, una indudable función 'mediadora'. En ella conviven las diversas generaciones y, tratándose de una familia sana, hay comunicación de

---

[31] CEE, *La familia, santuario de la vida*..., nº 78.
[32] CEE, *La familia, santuario de la vida*..., nº 39.

experiencias y sabidurías mientras se comparten ilusiones y decepciones. En la familia se pasa suavemente de lo privado a lo público y viceversa. La familia compone y descompone la trama de las redes sociales. La familia tiene sus propios mecanismos de intercambio y de comunicación ajenos tanto al dinero (mercado) como a la ley y la pena (Estado). Por lo demás, la familia no puede prestar una ayuda impersonal, olvidando el rostro concreto de cada persona. Es precisamente la cercanía, el cara a cara, lo que la caracteriza. Antes se darían el conflicto y la ruptura familiar que la frialdad y el anonimato entre quienes conviven en el mismo hogar.

24. Por otra parte, la familia también es reconocida como cauce importante de inserción en la sociedad. La socialización primaria que se ejerce en la familia se caracteriza por la inmediatez y la emotividad. En la familia, los valores y contravalores se transmiten a través de la oferta de modelos concretos. La socialización en la familia se opera a través de la identificación emocional, principalmente con el padre o con la madre. La ausencia tan prolongada hoy de los padres en el seno de la familia crea un vacío en este sentido; de igual modo, el que uno de ellos contraiga uniones sucesivas, trae al hogar pluralidad de modelos de conducta que no son fácilmente asumibles por los hijos.

Hoy se pone en duda la función socializadora de la familia (capacidad de conformar hábitos, estructuras de pensamiento, actitudes, valores...) porque depende de su estructura interna. Donde hay familias con consistencia ideológica y emocional sólida, no hay instancia socializadora más potente que ellas; pero hoy no hay en las

familias comunicación de los temas verdaderamente importantes o, si la hay, es de escasa profundidad. De todos modos, ciñámonos a nuestra realidad y no demos por supuesto que es la misma de otros países. "Al hablar de nuevos modelos familiares, a veces da la impresión de que se trasladan miméticamente modelos americanos y noreuropeos. Sin embargo, es cierto que hay poco intercambio de contenidos temáticos en el seno de la familia española. No hay adoctrinamiento, incluso en el sentido más noble del término. Lo sabemos, por ejemplo, en la falla gigantesca que se ha producido en la transmisión de la dimensión religiosa, aunque en este punto lo que quizás sucede es que los padres de los jóvenes actuales han dejado de ser religiosos, se han secularizado y es esa secularización la que transmiten a sus hijos"[33]. Cuando la familia cristiana no educa la fe de los hijos, será la comunidad eclesial -la parroquia- quien se hará cargo del despertar religioso del niño, pero con el riesgo de que los valores que se transmiten en la catequesis pudieran ser radicalmente desmentidos en los hogares, donde están ausentes porque son considerados irrelevantes; más aún, insignificantes. ¿Estará condenado el niño que participa en nuestras catequesis a vivir en dos mundos irreconciliables, situación nefasta tanto para la iniciación en la fe como para la construcción de su personalidad cristiana?

Las actitudes y creencias que apoyan las conductas dependen más del clima social y familiar que de la actuación del medio escolar. Éste actúa como refuerzo o

[33] J. ELZO, *Realidad y futuro de la relación familiar de los jóvenes*: Misión Joven 298 (2001) 15-22, aquí 20.

elemento corrector de las influencias permanentes que el niño recibe en el medio socio-familiar, pero en ningún caso lo sustituye adecuadamente. Familia y escuela son complementarias e indispensables en el proceso de adaptación social y construcción de la personalidad del niño.

Educar, ¿en qué?

25. La familia desempeña su labor humanizadora y socializadora fundamentalmente educando:

- En la libertad ante los bienes materiales, adoptando un estilo de vida sencillo y austero en medio de una sociedad agresivamente consumista.
- En el sentido de justicia y del amor, especialmente a los más pobres, en un mundo individualista y conflictivo.
- En la sexualidad como expresión de amor hecho entrega y servicio, frente a una sociedad que banaliza la sexualidad. Con palabras de Juan Pablo II: "La educación para el amor como don de sí mismo constituye también la premisa indispensable para los padres, llamados a ofrecer a los hijos una educación sexual clara y delicada. Ante una cultura que "banaliza" en gran parte la sexualidad humana porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta, el servicio educativo de los padres debe basarse sobre una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona

-cuerpo, sentimiento y espíritu- y manifiesta su significado íntimo al llevar a la persona hacia el don de sí misma en el amor" (FC. 37).

- En la fe como experiencia portadora de sentido y muchas veces gratificante, dentro de una cultura crecientemente secularizada.
- En el perdón que supera el rencor y las ansias de revancha.
- En el respeto a la libertad ajena, en vez de imponer formas de conducta.
- En el sentido profundo de los acontecimientos, sin quedarse en la pura superficialidad de las cosas.

Educar, ¿desde dónde?

26. ¿Qué actitudes exige la tarea educadora en los padres y madres de familia? ¿Desde dónde educar a los hijos?

- Desde el *respeto* al hijo. Es persona como los padres y, por tanto, no puede ser tomada como medio sino como fin; educar no es manipular. Hay que respetar la originalidad, el proceso de crecimiento... de cada uno. Pedro Salinas, un poeta contemporáneo, lo expresa bellamente así:

"Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente,
dentro de ti.
Perdóname el dolor alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.

Ése que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, preciosísimo.
Y cogerlo
y tenerlo yo en alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.
Y entonces tú
en su busca vendrías a lo alto.
Para llegar a él
subida sobre ti, como te quiero,
tocando ya sólo a tu pasado
con las puntas rosadas de tus pies,
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
de ti a ti misma.
Y que a mi amor entonces le conteste
la nueva criatura que tú eras".

Desde la *verdad*. Amar lleva a no engañar, a no disimular. No educan los padres cuando engañan al hijo por no complicarle la vida o por no complicársela ellos. Padres e hijos han de situarse en la verdad: reconocerse y aceptarse como son, sin fingir. Situarse en la verdad supone a los padres reconocer que muchas cosas que proponen no las viven todavía o no las viven con la intensidad que debieran; reconocer que a veces actúan contra sus propias convicciones, que en ocasiones se equivocan o les pueden los nervios y han de pedir disculpas. La verdad es que no lo saben todo, no tienen la receta mágica que todo lo arregla. Ayudar al hijo para que afronte la verdad de sí mismo es duro. Por eso no se puede hacer más que con prudencia; más aún, con dulzura. Desde la misericordia y no con dureza de corazón. De otro modo nos aseguramos el

que reaccionará mal.

Desde la *exigencia comprensiva*. No exigir por exigir, sino como forma de amor. Quien de verdad nos quiere nos exige que demos lo mejor de nosotros mismos y no nos quedemos a mitad de camino. Pero todo esto combinando exigencia con comprensión. Acomodándonos a cada uno; no pidiendo más de la cuenta. Hay que proponer ideales, utopías, ayudar a soñar un mundo distinto. Para ser educador es necesario tener algo de poeta (soñador) y algo de pirata (quebrantar algunas normas caducadas), sostiene Gabriel Celaya.

Desde la *paciencia*. "Kilo y medio de paciencia concentrada" pide Gabriel Celaya para el buen educador. La educación es siembra, no lo olvidemos; la cosecha vendrá después. Es necesario aguardar el momento oportuno: la fruta verde carece de sabor y puede hacer daño; la demasiado madura se cae del árbol y generalmente se estropea. Tener paciencia es también dar oportunidades.

Desde el *testimonio*. "La primera cosa que influye -escribía Romano Guardini- es la manera de ser del educador; la segunda, lo que hace; la tercera, lo que dice". "Lo que eres me grita tan fuerte que no me deja oír lo que me dices", le recriminaba un hijo a su padre. Se trata de ser coherentes en la medida de lo posible. En la educación para el amor, el papel de los padres es importantísimo e indispensable.

Muchos hijos son testigos mudos, durante largo tiempo, de cómo en su casa se vive para acumular,

poseer y gastar dinero. Y así van inclinándose a la injusticia y a la insolidaridad. En muchos hogares se siembra el clasismo, se educa a los hijos para que no arriesguen nada, haciéndolos conformistas, pasivos, sin espíritu creativo y crítico, sin iniciativa. Con frecuencia, en nuestras familias falta comunicación, nadie se confía verdaderamente a nadie.

- Desde el *amor*. Sólo educa verdaderamente quien ama. El amor nos lleva, como en la parábola del buen samaritano, a
- ver a nuestro educando y no pasar de largo sin enterarnos;
- aproximarnos a él, no dar un rodeo, pues hacernos sus prójimos es tanto como intentar vivir su misma realidad, entender su lenguaje;
- com-padecer con él; ayudarle en lo que necesita, no en lo que nosotros querríamos ayudarle;
- lograr que se valga por sí mismo, pues educar es ayudar a que cada uno vaya tirando sus muletas y camine por sí mismo.

27. Cuando los padres y los educadores son maduros afectivamente no crean dependencias que hagan perpetuamente infantiles a sus hijos o alumnos. Nadie duda de que para educar hace falta querer a los educandos, y vosotros queréis -y mucho- a vuestros hijos. Pero no puedo por menos de preguntaros: ¿les queréis bien? Querer lo mejor para los hijos no es procurarles solamente un magnífico nivel de salud, una profesión bien retribuida, el éxito a costa de lo que sea. El bien de los hijos es ayudarles a tener un corazón bueno: un corazón capaz de conmoverse ante la belleza

y, sobre todo, ante las miserias humanas, un corazón capaz de darse a los demás con gestos constantes de servicio.

Hasta hace poco, recibíamos un conjunto de valores y modelos de comportamiento de nuestros antepasados y, casi sin tocarlos, los compartíamos y los entregábamos a quienes crecían a nuestro lado sin mayores problemas. Hoy los estilos de vida que nos llegan del pasado -también la fe cristiana, ¡cómo no!- no nos sirven, especialmente para los jóvenes. Esta crisis generalizada de transmisión de valores acarrea frecuentes fragilidades personales y sociales. A veces, la misma sociedad no encuentra ya razones para construir su futuro.

28. "En la actualidad -son palabras de Benedicto XVI-, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio "yo". Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común"[34].

[34] BENEDICTO XVI, *Carta al Presidente del Pontificio Consejo para la familia con motivo del EMF de Valencia.*

La 'Iglesia doméstica', cauce de educación en la fe

29. Insisto sobre la afirmación de Gerardo Pastor: "Si hoy la familia no es la única institución existente en la sociedad, ni siquiera la más importante de todas, sigue siendo una 'institución clave' por cuanto sólo ella es capaz de insertar a fondo al individuo dentro de la política, de la cultura, del Estado y de la Iglesia"[35].

Desde el Concilio Vaticano II, que a su vez se remonta a S. Juan Crisóstomo y S. Agustín[36], se acude con mucha frecuencia a la concepción de la familia como 'iglesia doméstica' para asentar la identidad teológica y la misión de la familia cristiana en la Iglesia y en el mundo, concretamente su función de transmisora y educadora de la fe. "De este consorcio procede la familia, en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana, quienes, por la gracia del Espíritu quedan constituidos en el bautismo como hijos de Dios, que perpetúan a través del tiempo el Pueblo de Dios. En esta especie de Iglesia doméstica, los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación de cada uno, con cuidado especial la vocación sagrada" (LG 11). Al

---

[35] G. PASTOR, *Sociología de la familia,* Salamanca 1997, 173.

[36] "Cuando ayer os dije: que cada uno de vosotros convierta su casa en una iglesia, aclamasteis a grandes voces y disteis signos del placer con que aquellas palabras os inundaron" (S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Gen. Hom*. 2,3: PG 53,31; Cf. *In Gen. Serm*. 6,2; 7,1: PG 54, 607-608). Cf. S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de San Juan 51*,13: PL 36,1768; *Serm.* 94: PL 38,580-581.

relacionarse la Iglesia y la familia cristiana, ambas salen beneficiadas. La gran Iglesia recuerda que no puede ser ni funcionar como una sociedad o una empresa, sino que ha de ser la familia de los hijos de Dios, donde las vinculaciones afectivas tienen el relieve debido. Y la pequeña Iglesia que es la familia cristiana recuerda que no puede concebirse ni actuar como una estructura cerrada que se autoabastece, ajena a la misión eclesial. Como la Iglesia grande, sólo que a escala reducida, la familia cristiana es comunidad evangelizada y evangelizadora, comunidad sacerdotal y comunidad misionera.

30. Los padres, educando a sus hijos, completan el haberles engendrado y participan en la pedagogía de Dios que es al mismo tiempo paternal y maternal[37]. El Papa Juan Pablo II reconocía a la familia como la escuela fundamental de la fe: "También la familia cristiana, en cuanto 'Iglesia doméstica', constituye la escuela primigenia y fundamental para la formación en la fe. El padre y la madre reciben en el sacramento del matrimonio la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana en relación con los hijos, a los que testifican y transmiten a la vez los valores humanos y religiosos.

[37] La educación es, pues, ante todo una "dádiva" de humanidad por parte de ambos padres [...] Esto es también un dinamismo de reciprocidad, en el cual los padres-educadores son, a su vez, educados en cierto modo... Si en el dar la vida los padres colaboran en la obra creadora de Dios, mediante la educación participan de su pedagogía paterna y materna a la vez... Los padres son los primeros y principales educadores de sus propios hijos y, en este campo, tienen incluso una competencia fundamental: son educadores por ser padres... Engendrar hijos según la carne significa preparar la ulterior "generación", gradual y compleja, mediante todo el proceso educativo" (JUAN PABLO II, *CF* 16).

Aprendiendo las primeras palabras, los hijos aprenden también a alabar a Dios, al que sienten cercano como Padre amoroso y providente; aprendiendo los primeros gestos de amor, los hijos aprenden también a abrirse a los otros captando en la propia entrega el sentido del humano vivir. La misma vida cotidiana de una familia auténticamente cristiana constituye la primera 'experiencia de Iglesia', destinada a ser corroborada y desarrollada en la gradual inserción activa y responsable de los hijos en la amplia comunidad eclesial y en la sociedad civil. Cuanto más crezca en los esposos y padres cristianos la conciencia de que su 'iglesia doméstica' es partícipe de la vida y de la misión de la Iglesia universal, tanto más podrán ser formados los hijos en el 'sentido de la Iglesia' y sentirán toda la belleza de dedicar sus energías al servicio del Reino de Dios"[38].

Lo que enseña la teología lo corrobora la sociología: "Parece que la familia es la institución que, hoy por hoy, mayor acceso tiene a la intimidad personal del hombre, lo que en términos de transmisión de cultura y valores significa que ella constituye el más convincente de los catecumenados"[39].

En el bosque de la falta de educación en la fe por parte de las familias en general, no hemos de perder de vista árboles frondosos que también existen. La mejor preparación de algunos jóvenes esposos, el estilo de

---

[38] JUAN PABLO II, *Chistifideles Laici* 62.

[39] G. PASTOR, *Familia y transmisión de valores*. Misión abierta 1 (1991) 30-31.

comunicación que van logrando entre los miembros de la familia, la mayor implicación del padre en la atención y educación de los hijos en general -y más en concreto de los más pequeños-, el notable aumento de ayudas a los padres en su misión educativa, la creciente sensibilidad hacia algunos valores cristianos como la solidaridad, la justicia, la igualdad... son condiciones que avalan la capacidad de la familia como transmisora y educadora de los valores humanos y cristianos en nuestros días.

Caminos concretos

31. En nuestra Iglesia de España está ya muy extendida la conciencia de que la evangelización es el desafío fundamental que tenemos por delante. Pero no acabamos de ver todavía con suficiente claridad cómo iniciarla. Hay experiencias que señalan direcciones y abren caminos. Sería lamentable que en esta etapa de reflexión y renovación eclesial no tuviéramos en cuenta la misión y las grandes posibilidades de las familias cristianas. Sin duda habrá que recurrir a métodos diversos, pero es indispensable contar con las familias cristianas como la parte de la Iglesia más directamente vinculada a las nuevas generaciones, las primeras responsables y los agentes más adecuados para enseñar a vivir cristianamente a los hombres y mujeres de los próximos años.

"La Iglesia tiene la tarea de anunciar el Evangelio -recordaba el cardenal Antonio María Rouco- con confianza renovada por nuevos y por viejos cauces. Se está haciendo ya mucho en los medios de comunicación electrónicos e informáticos, también en los medios convencionales de

información hablada y escrita. Muchos no conocen la enorme riqueza de pequeños medios que cubren con constancia y regularidad una vasta red capilar de formación e información católica en nuestras diócesis, parroquias, asociaciones, movimientos… Lo fundamental es el entusiasmo, la creatividad y la fidelidad de los evangelizadores"[40].

Quisiera partir de tres afirmaciones fundamentales a tener en cuenta en la tarea de educar en la fe:

- Educar en la fe no sólo consiste en enseñar a rezar o en leer la Biblia. Es mucho más que eso. Porque la fe es *una experiencia de vida*.
- En segundo término, es *importante cuidar la forma de transmitir los contenidos.* El clima de afecto, confianza y alegría que sepamos crear alrededor nuestro al hacerlo, de modo que constituya una experiencia rica y significativa para los niños. Todo aquello que se nos ha enseñado en una relación de cariño y confianza permanece para siempre en la hondura de nuestros corazones.
- En tercer lugar, *lo verdaderamente importante* es *ser consecuente*s. Debe haber coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.

El testimonio de una fe vivida y coherente

32. El testimonio de los padres y, en general,

[40] Cardenal A. M. ROUCO VARELA, *Retos y tareas*. Conferencia pronunciada en el "Club siglo XXI" de Madrid.

de la familia es fundamental. La Palabra de Dios es eficaz en sí misma, pero adquiere una fuerza mucho mayor cuando se encarna en la persona que la anuncia. Esto vale de manera particular para los niños. Como ha escrito Juan Pablo II, "para el niño apenas hay distinción entre la madre que reza y la oración; más aún, la oración tiene valor especial porque reza la madre".

Lo primero es demostrar, con el modo de hablar de Dios, que la fe es fuente de alegría, de dicha y de entusiasmo. Sería muy negativo tener un aire demasiado serio y desagradable cuando se habla de Dios. ¿Por qué hemos de hablar siempre de obligaciones y prohibiciones…? La actitud al recitar unas oraciones, la manera de hacer la señal de la cruz, el respeto y recogimiento cuando nos acercamos a comulgar, son detalles que tienen más influencia sobre los hijos que los más apasionados discursos.

Educamos la vida de fe siempre, no sólo cuando hablamos explícitamente de Dios. Educar la fe no es dar sabias lecciones teóricas; son más provechosas las clases prácticas. Por ejemplo, si vuestros hijos vieran que siempre vais a lo vuestro, les será difícil entender que la fe os exige preocuparos por los demás, el sacrificio y la renuncia en favor de otros, la misericordia y la generosidad. Los hijos han de veros preocupados realmente el dolor ajeno, que vivís volcados hacia los demás. Hay todo un estilo cristiano de ver las cosas y de interpretar los acontecimientos de la vida, y han de respirarlo en casa. Recibir el perdón y otorgarlo cuando sea preciso, no como un ejercicio de debilidad, sino como signo de una fuerza moral enorme, marca a los

hijos para toda la vida.

Se trata, sobre todo, de que los hijos vean cómo vuestra fe se traduce en comportamientos concretos y que no son formalidades exteriores vacías e inconexas.

"Los padres ha de ser los primeros educadores de la fe de sus hijos mediante la palabra y el ejemplo" (LG 11; GS 48; FC 39). Las doctrinas se enseñan; los comportamientos, las actitudes y los valores, se testimonian. La comunicación de la fe se da en distancias cortas, requiere presencia y cercanía. El testimonio no suscita la fe de forma automática ya que, si así ocurriera, eliminaría la fe que es adhesión libre de la persona. Pero la eficacia del testimonio reside en que refleja el absoluto de Dios como no podría reflejarlo ninguna otra realidad humana. El testimonio constituye la más adecuada y eficaz invitación a la fe"[41]. El testimonio de vida cristiana de los padres deja en los hijos una huella que dura toda la vida porque va envuelto en cariño y respeto, recuerda el Directorio General de Catequesis (n. 226). "La catequesis familiar es una catequesis más del testimonio que de la enseñanza, más ocasional que sistemática, más permanente que estructurada en períodos"[42].

Es urgente volver a llevar al interior de la familia sabiduría humana y fe cristiana. Necesitamos volver a entusiasmar a los hijos en la consecución de ideales que

---

[41] Cf. J. MARTÍN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, 98-99.

[42] COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad*, Madrid 1983, nº 273.

den sentido a la vida. Y también ayudar a los jóvenes a desarrollar capacidad crítica respecto a los modelos destructivos que ofrece nuestra sociedad. No hay que ocultar los problemas, no hay que dejarlos para más adelante, porque suelen volverse más complejos y difíciles. Oportunamente hay que tener el valor de afrontarlos junto con los hijos, dándoles las razones de las opciones hechas y vividas por los padres. ¡Esto es educar!

"Los padres no han de situarse ante sus hijos principalmente como maestros o como catequistas, sino sencillamente como padres. Sus medios de enseñanza no son esquemas ni libros; lo que han de saber comunicar es, ante todo, sus propios valores y creencias, sus convicciones y actitudes. Han de hacerlo de modo reflexivo y explícito, en las ocasiones que ofrece el contacto de la vida familiar y también por el testimonio silencioso de una conducta coherente con su fe. Esta tarea de los padres tiene una importancia especial en lo relativo al 'despertar religioso' de los niños. Cuando los hijos pequeños van abriendo los ojos a la vida y descubriendo el mundo que les rodea, han de encontrar al Dios cercano a su propia existencia. Sólo los padres, a través de las manifestaciones de ternura y protección, pueden hacer este servicio fundamental en la educación en la fe. El nombre de Dios, su rostro bondadoso, la gratitud hacia Él, la necesidad de su ayuda, se van transmitiendo de padres a hijos con toda naturalidad en la vida de un creyente"[43].

---

[43] OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Redescubrir la familia*, San Sebastián 1995, nº 16.

Crear un clima adecuado

33. Los padres educan, sobre todo, creando en la familia un clima educativo propicio. Los labradores gallegos, con las herramientas más perfectas a su disposición, no siembran aguacates. En cambio, en Puerto Rico, casi sin cultivo alguno, se recogen frutas tropicales con gran abundancia y calidad. En un sitio se da el clima adecuado y en el otro no. De los padres depende, en gran parte, crear una atmósfera de afecto y seguridad en la que se viva el respeto profundo al otro, el amor que es capaz de acoger al que es diferente; y pueden testimoniar, más que enseñar, valores como la comprensión, la paciencia, el mutuo estímulo y el perdón recíproco[44].

La educación de la fe en el contexto familiar tiene sus propios valores y sus modos específicos: el contexto familiar cristiano, donde el amor a Dios se prolonga en el amor a los hombres, se convierte en trama y urdimbre de la educación cristiana de los hijos, en donde respira la fe, no sólo sabida, sino vivida, testimoniada, encarnada en la propia vida familiar.

Catequesis ocasional

34. En la vida familiar se presentan muchas ocasiones que pueden dar lugar a una catequesis ocasional. El valor de esta catequesis ocasional reside

---

[44] JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* 1994 (8.12.1993).

en la huella que puede dejar, puesto que se dan las condiciones óptimas: o bien es consecuencia de una experiencia fuerte (¿dónde está la abuela que ha muerto?), o de una interrogación vital (¿de dónde vienen los niños?), o se sitúa en un proceso de búsqueda de sentido (¿por qué hay hambre en el mundo?).

¿Y no es como de mal gusto, por ejemplo, eso de hablar de la muerte?, se preguntarán seguramente algunos. Pues no creáis, porque la realidad de la muerte es imposible de ocultar a la observación de los niños y muy pronto es algo que les inquieta y les plantea grandes interrogantes. Y que los puede llevar a Dios. Porque rápidamente discurre que si no hubiera nada después de esta vida todo resultaría cruel e injusto. Por eso no se puede eludir por mucho tiempo el tema ni contestar con evasivas. Si no se tiene fe, es difícil hablar de la muerte a los niños; pero teniéndola es más fácil. Para quienes la tenemos, la muerte es una despedida, a un tiempo dolorosa y alegre. Un cambio de casa, de ésta de la tierra a la del cielo. Si la fe es firme, no habrá tanto miedo a la muerte. Y cuando la muerte llame a la puerta, a la nuestra o a la de alguien cercano, la recibiremos con paz si tenemos la conciencia limpia, pues pensar en la muerte obliga a pensar en cómo llevamos la vida.

Muchos pasajes del Evangelio nos muestran cómo Jesús aprovecha las situaciones vitales para referirse, por ejemplo, a la providencia del Padre ("no andéis preocupados por qué comeréis o con qué os vestiréis...") o a su cercanía que nosotros no percibimos por nuestra falta de fe (tempestad calmada). Quizá falle

esta catequesis ocasional debido al activismo de los padres, que no les permite "perder" un momento con los hijos cuando la ocasión es propicia, porque trastorna sus planes. Sería bueno que los padres se preguntasen al final de cada jornada: ¿hemos aprovechado todas las circunstancias que han podido dar lugar a una catequesis ocasional con nuestros hijos?

Ver la televisión juntos puede ser la ocasión para comentar después determinadas imágenes, comportamientos, criterios novedosos... desde la perspectiva del mensaje de Jesús. La cultura televisiva pasa por el mismo rasero todas las realidades. A continuación de las imágenes más duras del Tercer Mundo puede dar un reportaje sobre un elegante desfile de modas. Ese paso tan rápido impide que la gente pueda reflexionar, interrogarse sobre la parte de responsabilidad que nos corresponde en las tragedias actuales. Los padres -y en su caso también los hijos- podrán aportar la iluminación que viene de la ética del Evangelio.

De la catequesis ocasional escribía el Papa Juan Pablo II: "Es principalmente mediante la educación de los hijos como la familia cumple su misión de anunciar el Evangelio de la vida. Con la palabra y el ejemplo, en las relaciones y decisiones cotidianas, y mediante gestos y expresiones concretas, los padres inician a sus hijos en la auténtica libertad, que se realiza en la entrega sincera de sí, cultivan en ellos el respeto al otro, el sentido de la justicia, la acogida cordial, el diálogo, el servicio generoso, la solidaridad y los demás valores que ayudan a vivir la vida como un don. La tarea educadora de los

padres cristianos debe ser un servicio a la fe de los hijos y una ayuda para que ellos cumplan la vocación recibida de Dios"[45].

Iniciación a la oración y a la celebración de los sacramentos

35. Una vez que surge la fe, es necesario interiorizarla y expresarla. Esto es lo que hacemos en la oración y en las celebraciones. Iniciar en la oración no es sólo enseñar unas fórmulas para que el niño las repita de memoria, aunque hoy se puede comprobar que hasta esto está fallando estrepitosamente. Es mucho más: es ayudar al niño a entablar un diálogo personal con Dios, su Padre que tanto le quiere, y con Jesús, su hermano mayor que le habla en el Evangelio, y con el Espíritu Santo, que le comunica fuerzas y alegría para seguir a Jesús...

La familia cristiana ora en común porque su oración es expresión de vida compartida y fuerza que ayuda a permanecer unida. Los esposos cristianos necesitan acoger el don del amor para vivir cada día el sacramento del matrimonio. Hallarse juntos ante Dios y comunicarse con Él, puede ayudarles a ahondar en la propia comunicación y superar la superficialidad a la que empuja la sociedad actual.

También los hijos han de participar activamente

---

[45] JUAN PABLO II, *Evangelium vitae* 92.

en la oración familiar. Sabemos que no es fácil conseguirlo. Sobre todo cuando se quiere evitar a toda costa la imposición autoritaria. Pero hay que intentarlo con paciencia y constancia.

Los padres pueden enseñar mucho a sus hijos en este sentido hasta con sus gestos y actitudes. Es necesario que venzan falsos pudores y superen una concepción estrecha de lo que es la oración cristiana. Cuenta Santa Teresita del Niño Jesús que, cuando iba con su padre a Misa y empezaba la proclamación del Evangelio y la predicación del sacerdote, su padre le decía: "Ahora, cállate y escucha, que esto es muy importante". Ella callaba; pero más que escuchar al sacerdote, lo que hacía era contemplar el rostro de su padre escuchando, porque era toda una maravillosa expresión de cómo se situaba él ante el misterio.

"La familia cristiana -enseña el Catecismo de la Iglesia Católica- es el primer ámbito para la educación en la oración. Fundada en el sacramento del matrimonio, es en la 'Iglesia doméstica' donde los hijos aprenden a orar 'en Iglesia' y a perseverar en la oración. Particularmente los niños pequeños. La oración diaria familiar es el primer testimonio de la memoria viva de la Iglesia que es despertada pacientemente por el Espíritu Santo"[46].

Es deseable que los padres inicien a sus hijos, desde los primeros años, en el diálogo con Dios. Aprovechad todas las oportunidades: al levantarles,

[46] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nº 2.685.

cuando van al templo, en la bendición de la mesa antes de las comidas, al acostarles… Sugerid una expresión de gratitud a Dios en las alegrías o una petición de ayuda ante las preocupaciones diarias. Los acontecimientos de la vida familiar cotidiana han de convertirse en oración con los hijos. No se trata sólo de transmitir fórmulas de plegaria, sino también de educar una actitud de confianza y un deseo de comunicación con Dios[47].

La oración en familia «tiene como contenido original la misma vida de la familia, que en las diversas circunstancias es interpretada como vocación de Dios y es actuada como respuesta filial a su llamada»[48]. En ella han de tener cabida las experiencias ordinarias de la vida cotidiana y también los acontecimientos, situaciones, conmemoraciones, que van tejiendo el entramado de la historia familiar.

36. La educación cristiana es educación a la oración. La oración sencilla, adecuada a cada momento de su proceso evolutivo, puede ayudar a los hijos a descubrir el misterio de Dios e introducirse en él. La oración hace posible vivir una forma de amorosa dependencia y de confiado abandono en Él, semejante a la experiencia vivida con los mismos padres. La plegaria en la familia es así una vía natural para facilitar el despertar religioso que configurará posteriormente la sólida estructura de una personalidad creyente.

---

[47] Cf. OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Redescubrir la familia,* San Sebastián 1995, nº 119.

[48] JUAN PABLO II, FC 59.

La oración de la familia prepara para la oración litúrgica. Aquí es donde la familia, 'Iglesia doméstica', se puede sentir parte viva de la gran comunidad cristiana que es la Iglesia.

Conozco de primera mano -finalmente- la inquietud y el dolor que origina en tantos padres la escasa o nula participación de sus hijos en la Eucaristía dominical. Quiero compartir con ellos una palabra de esperanza: la simiente de fe que recibieron sus hijos no será estéril. Estad seguros.

Madre Teresa de Calcuta decía: "Es necesario volver a poner la oración dentro de la familia. Cuando una familia ora, no se derrumba: la familia que ora, permanece en pie". Si nunca se reza en casa, ¿qué impide a los más pequeños actuar como si Dios no existiese? Orar en casa es una cosa estupenda. Algunos niños, cuando ven rezar a otros, se quedan sorprendidos: nunca lo habían visto en su propia casa. Madre Teresa solía añadir: "Cuando se ora, los semblantes se hacen más bellos". Es que la oración nos hace ver todo a la luz de Dios y nos hace descubrir la belleza auténtica de las personas.

¡Padres, orad juntos cada día! ¡Orad con vuestros hijos y tened el honor de introducirlos a su primer diálogo con Dios! Hoy, muchos niños no saben ni siquiera hacer la señal de la Cruz; las casas están vacías de símbolos religiosos; los padres cuidan mucho el desarrollo externo de sus hijos, pero no se preocupan de si tienen el alma viva y luminosa. Y los hijos lo notan. Debemos invertir la situación: orad juntos por vuestra familia y con vuestros

hijos siempre que sea posible. Hacedlo así y seréis un poco más felices. Os lo aseguro.

Los símbolos, por otra parte, son el camino que tenemos los humanos para acercarnos a lo inaccesible, al mundo misterioso y fascinante donde habita el Señor. Por eso la celebración festiva en la que entramos en familiaridad con Dios está cuajada de expresiones simbólicas. La utilización de los símbolos no es una actividad para no aburrirse; es un medio necesario y profundo de comunicación con Dios. Iniciar en la oración y en la celebración es despertar en los niños actitudes de ofrenda, de agradecimiento, de escucha, de compartir. No conviene reducir la oración y la celebración a la súplica y a la petición de perdón, aunque éstas son también dos formas de expresar amor.

Catequesis familiar

37. La educación de la fe en familia tiene unos rasgos característicos que le otorgan una fisonomía propia, diferenciándola de cualquier otra modalidad de catequesis. El primero y principal lo enuncia Juan Pablo II cuando afirma que la catequesis familiar "*precede, acompaña* y *enriquece* toda otra forma de catequesis"[49].

La catequesis familiar *precede* cualquier otra forma de catequesis no sólo porque se realiza previamente y antecede cualquier catequesis institucional de la parroquia,

---

[49] JUAN PABLO II, *CT.* 68.

sino porque las posibilita eficazmente cuando la familia acompaña el despertar religioso de los más pequeños. La catequesis familiar *acompaña* porque, sin suplir ni sustituir la catequesis de la comunidad cristiana ni la clase de religión escolar, es necesario que las complemente. Por fin, la catequesis familiar *enriquece* las demás formas de catequesis porque hay aspectos de la educación en la fe, como por ejemplo la personalización, que se educan mejor en familia[50].

Los objetivos de la catequesis familiar son "el despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de la perspectiva cristiana"[51].

La educación religiosa en el hogar tiene que abarcar lo que creemos, lo que celebramos y nuestro comportamiento moral. Educar en una sola de estas dimensiones puede suponer una grave mutilación de nuestra fe que, o se la respeta en su complejidad, o se desvanece.

Educar para profesar el Credo es ayudar a descubrir que el Dios manifestado en Jesucristo es en verdad nuestro Padre, y que Jesucristo es el único

---

[50] Cf. E. CARBONELL SALA, *La familia, Iglesia doméstica, educadora de la fe*. Teología y Catequesis 79 (2001) 43-65, aquí 55.

[51] COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de la comunidad*, nº 273.

Señor por haberse hecho voluntariamente siervo, el verdadero modelo de identificación, y que el Espíritu Santo es la fuerza de Dios presente en nosotros. *Educar para profesar el Credo* es ayudar a comprender que no podemos hacer una religión a la medida de nuestros caprichos, que no creemos por libre y en solitario, sino unidos a la gran comunión de comunidades que es la Iglesia. Y en momentos difíciles, como la muerte de un familiar o de un amigo muy querido, habrá que mostrarles a los más pequeños, por ejemplo, que para nosotros creer en la resurrección de los muertos no son palabras huecas, sino paz y esperanza en medio del dolor porque sabemos de quien nos hemos fiado.

Educar para celebrar los sacramentos es enseñar a vivirlos no como ritos obligatorios, vacíos y casi mágicos, sino como celebraciones de los principales acontecimientos de nuestra vida desde la hondura de la fe. A través de signos visibles tomados de la vida de cada día (un poco de pan y de vino, un poco de agua, un poco de aceite consagrado...), Dios viene a nosotros y nos ayuda. Por otra parte, son momentos en que la Iglesia se expresa como comunidad creyente.

Educar en la moral cristiana es educar en el comportamiento que ha de tener un cristiano consecuente con su fe. El verdadero discípulo de Jesús no se conforma con cumplir los mandamientos de Moisés, sino que aspira a vivir las Bienaventuranzas de Jesús. La moral cristiana no se centra en evitar el mal, sino en progresar por el camino del bien. El Señor nos invita en el Evangelio a compartir nuestros bienes, a perdonar, a amar a los demás incluso cuando son enemigos nuestros,

a orar... *Educar en la moral cristiana* es, sobre todo, formar la conciencia. En esta tarea la familia desempeña un papel irreemplazable, según afirma el Papa: "En la tarea fundamental de la formación de la conciencia, la familia desempeña un papel de primer orden. Los padres tienen el grave deber de ayudar a sus hijos, desde la más tierna edad, a buscar la verdad, a desear el bien y a fomentarlo. Los prepararán también a practicar el respeto de la libertad de conciencia y de culto, condición esencial para la vida común de la nación"[52].

No es necesario que los padres estén hablando constantemente de Dios. Si hay fe, los hijos irán creciendo en ese ambiente y comprenderán bien las realidades sobrenaturales. Y eso es lo importante: que el hogar esté vivo y que los padres hablen de Dios a los chicos con su propia vida. La instrucción religiosa ha de discurrir por caminos positivos. Debemos hablarles de Dios de modo agradable, no reiterativo y tedioso. No se puede usar de Dios según nuestro mezquino interés. No se puede invocar el nombre de Dios para que el niño se tome la sopa o para que baje a hacernos un recado. La realidad de Dios es algo que conviene hacerle descubrir y querer. No se trata de atosigarle con lecciones profundas e incesantes. La mente del niño se ha comparado al cuello de una botella. Si se intenta meter gran cantidad de líquido en poco tiempo, se desborda y se derrama. En cambio, gota a gota, despacio, pero con constancia, pronto se llena de sabiduría.

---

[52] JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de la Comunidad musulmana en Parakou,* [Benín 4. 2. 93].

Iniciación al compromiso

38. Vivir a través de la familia la experiencia de Dios Padre ha de servir para caer en la cuenta de que todos los hombres somos hermanos en los que se refleja el rostro de Jesucristo, especialmente en los pobres y necesitados. Para todo esto es obligado superar los intereses puramente personales y familiares, aún legítimos, para vivir las dimensiones sociales y universales del amor cristiano. La familia cristiana ha de cultivar una especial sensibilidad hacia las múltiples formas de necesidad, pobreza y marginación que la sociedad actual parece segregar espontáneamente.

Se ha formulado con rasgos de contraste por qué derroteros ha de circular el testimonio de las familias cristianas en la sociedad en que nos ha tocado vivir:

- "En una sociedad que supervalora la capacidad adquisitiva, el lucro y el consumo, el tener y el derrochar, los cristianos en familia tienen que preguntarse si su fe les ha ido enseñando el gozo de compartir con los necesitados y de valorar el ser sobre el tener.

- En una sociedad que glorifica la agresividad, en la política y en los negocios, y que parece convencida de que el que pega primero pega mejor, los cristianos en familia deben saber buscar caminos de aproximación a los agredidos y de educación para la no violencia activa y comprometida.

- En una sociedad que trabaja para holgar y que

busca la diversión por sí misma, que hace del placer el máximo valor y del dolor una maldición, los cristianos en familia tienen que ir adquiriendo la sabiduría del estar disponibles para enjugar lágrimas ajenas y en ellas percibir las lecciones de los crucificados de cada día.

En una sociedad que institucionaliza la mentira y el fingimiento, que oculta sus intenciones y diviniza la propaganda, los cristianos en familia deben experimentar que la verdad hace hombres y mujeres libres.

En una sociedad que convierte la guerra en máximo negocio y la discordia en el único modo de autoafirmación, los cristianos en familia han de saber hacer de la familia un espacio para la reconciliación y una escuela donde se formen promotores de la concordia y luchadores por la paz.

En una sociedad que condecora a los arribistas y convierte la tolerancia en ventajismo mientras vende los ideales y las promesas al mejor postor, los cristianos en familia sabrán ir creciendo en fidelidad al compromiso, y educar hombres tenaces e invencibles, firmes hasta la persecución"[53].

Colaboración con la parroquia y con la escuela

39. "La familia es la primera, pero no la única

[53] J. VITORIA, *El seguimiento de Jesús, la vida de familia y su implicación social*. V Semana sobre la Familia: *Familia creyente e implicación social*, Bilbao 1988, 49-75.

y exclusiva comunidad educativa"[54]. Por lo tanto, no sólo no elimina ni descalifica otros ámbitos educativos, sino que los reclama: el deber primario de los padres debe conjugarse armónicamente con la obligación subsidiaria de la Iglesia y del Estado[55], de forma que todo colabore a una educación integral del educando. Los padres no pueden delegar todas sus funciones educadoras a la escuela o a la parroquia, y tienen el grave deber de comprometerse a fondo en una relación efectiva y cordial con los profesores y directores de los Centros educativos e igualmente con los pastores de las comunidades cristianas[56].

Si los esposos, llamados por Dios al matrimonio, siguen escuchando la llamada del Señor en su matrimonio a través de los acontecimientos, las alegrías y las dificultades de cada día, los hijos vivirán el mejor clima para escuchar y seguir positivamente la llamada de Dios, también cuando les invita a la especial consagración. La vocación a la vida sacerdotal o a la vida religiosa no puede ser algo olvidado o excluido del proyecto familiar.

Cuando un matrimonio, una familia, quiere vivir el ideal cristiano, pronto experimenta que le supera y que necesita ser sanado, ser recuperado, ser regenerado por una fuerza que no viene de ellos ni de

---

[54] JUAN PABLO II, *FC* 40.

[55] "El Estado debe proteger el derecho de los niños a una educación escolar adecuada (...) teniendo en cuenta el principio de la función subsidiaria y excluyendo, por ello, cualquier monopolio escolar" (CONCILIO VATICANO II, *GE* 6).

[56] JUAN PABLO II, *FC* 40.

su buena intención ni de su buena formación. La familia cristiana no puede sostenerse en su propia existencia como familia, en su tarea de educar a los hijos; necesita injertarse en la gran familia de la Iglesia a través de su parroquia, de su comunidad cristiana. Formar parte de grupos familiares cristianos representa hoy para muchos matrimonios una ayuda impagable. La familia cristiana no puede ella sola educar la fe. No porque el ambiente sea hostil (que es verdad), sino por la naturaleza de las cosas: la fuerza de la que mana el amor matrimonial, la fuerza que hace fecundo su testimonio, viene de fuera: es el amor de Cristo experimentado en la Iglesia. Una Iglesia -por cierto- que no es una abstracción, sino un lugar hecho de rostros concretos, de palabra, de autoridad, de gestos sacramentales.

Una palabra de ánimo

40. No es fácil hoy vivir el compromiso apostólico para las familias cristianas que lo quieren ser de verdad. En ocasiones, tienen la impresión de vivir la fe a la intemperie en medio de un ambiente hostil o indiferente que ridiculiza la comprensión cristiana de la vida, de la sociedad y hasta del universo. Ocurre ya con frecuencia que los jóvenes padres han crecido en un mundo secularizado y difícilmente transmitirán una fe que ellos no han recibido o que íntimamente no comparten.

Con todo, no hemos de dar la situación por perdida. Me urge trasladar una palabra de ánimo a los padres cristianos, particularmente a los que piensan que ya no están a tiempo o que padecen dificultades particulares en la educación cristiana de sus hijos. Todos los padres experimentan de algún modo la sensación de impotencia y desconcierto frente al ambiente, cuando no el dolor de ver cómo alguno de sus hijos rechaza la propuesta de vida cristiana que con tanta ilusión les ofrecen y que no pueden dejar de sentir como fracaso. A la súplica de perdón al Padre de la misericordia por

los fallos cometidos, se ha de unir una mayor fidelidad al Señor y una renovada esperanza de que, cuando Dios quiera y sólo Él sabe cómo, la semilla sembrada en los hijos fructificará. Una palabra también de gratitud bien merecida a los abuelos -¡tantos!- que han logrado muy meritoriamente en muchas ocasiones transmitir y educar la fe de los nietos cuando los padres no sabían, no podían o no querían hacerlo.

Podría pensarse que la iniciación en la fe exige tal cúmulo de capacidades que es sólo posible para cristianos de élite. No es así. Los obispos franceses lo han expresado con claridad: "Podría pensarse que semejante conocimiento de Dios estuviera reservado a una élite de espirituales o de místicos. Pero la experiencia diaria de la Iglesia lo atestigua: pobres y pequeños, hombres y mujeres inermes ante la vida -pero que saben rezar y amar- perciben esta luz de Dios y la irradian. Se hace realidad la acción de gracias de Jesús: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeñuelos" (Mt 11, 25). Por eso, "no debemos vacilar a la hora de proponer esta experiencia de Dios a todo el pueblo de los bautizados..."[57]. "Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: '¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!' (1 Cor 9, 16). Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos 'especialistas', sino que acabará por implicar

---

[57] *"Proponer la fe en la sociedad actual"*. Carta de la CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA a los católicos de su país. Ecclesia 2.835-36 (5 y 12 de abril de 1997) nº 4.

la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos"[58].

Ojalá se haga pronto realidad la predicción del prestigioso filósofo X. Zubiri: "Llegará seguramente la hora en que el hombre, en su íntimo y radical fracaso, despierte como de un sueño, encontrándose en Dios y cayendo en la cuenta de que su ateísmo no ha hecho sino estar en Dios. Entonces se encontrará religado a Él, no precisamente para huir del mundo, de los demás y de sí mismo, sino al revés: para poder aguantar y sostenerse en el ser. Es que Dios no se manifiesta primariamente como negación, sino como fundamentación, como lo que hace posible existir... El hombre no encuentra a Dios primariamente en la dialéctica de las necesidades y de las indigencias. El hombre encuentra a Dios en la plenitud de su ser y de su vida. Lo demás es tener un triste concepto de Dios"[59].

Recuerdo un himno compuesto por la mano siempre joven de Madre Teresa de Calcuta:

"La vida es una oportunidad: acógela.
La vida es belleza: admírala.
La vida es felicidad: saboréala.

---

[58] JUAN PABLO II, *Novo Millenio Ineunte* 40.
[59] X. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid 1984, 344.

La vida es un sueño: haz de ella una realidad.
La vida es un reto: afróntalo.
La vida es un deber: cúmplelo.
La vida es un juego: juégalo.
La vida es preciosa: ten cuidado con ella.
La vida es una riqueza: consérvala.
La vida es amor: goza de él.
La vida es un misterio: descúbrelo.
La vida es promesa: cúmplela.
La vida es tristeza: supérala.
La vida es un himno: cántalo.
La vida es una lucha: combátela.
La vida es una aventura: córrela.
La vida es felicidad: merécela.
La vida es la vida: defiéndela".

Si llevamos en el corazón y en la mano el Evangelio de Jesucristo no hay razón ninguna para el miedo y la cobardía. Anunciemos a Jesucristo con entusiasmo, siendo -al mismo tiempo- creativos y fieles al mensaje recibido. El apoyo y la guía de Santa María, esposa y madre, no nos faltarán. Ella, con S. José su esposo, han sido el vehículo por el cual Dios Padre nos ha enviado a su Hijo, el Dios-con-nosotros, fuente de vida y de esperanza.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol